

## Suicida temporal

---

El sonido del teléfono me sobresaltó, forzándome a realizar una brusca maniobra con el volante. Pese a que esa mañana tenía los minutos contados para llegar al Tribunal Mediático, un presentimiento me empujó a contestar. Atendí y escuché la voz de un joven que, al preguntar con fingido dramatismo por Ángela Reinoso, alertó mis nervios en forma inmediata. Tratando de simular tranquilidad, le dije que me aguardara un instante. La ansiedad me ganaba mientras buscaba un lugar donde estacionar. Como música de fondo, los bocinazos de los demás automovilistas, con la poca piedad habitual para una conductora, me aturdían aún más. Instintivamente, asomé mi dedo medio por la ventanilla para aumentar la rabia de los impacientes de turno.

Cuando escuché que quería confirmar si yo era la hija del “señor Sebastián Reinoso”, una sensación de vacío oprimió mi pecho con fuerza. Luego, como una catarata de piedras, una por una, sus atolondradas palabras fueron cayendo sobre mí. Tomé nota de la dirección del local y le pregunté, interrumpiéndolo, cuánto tiempo llevaba en ese estado. Observé el reloj del auto para comprobar que todavía quedaban unos minutos para intentar algo. Una vez que corté la comunicación, aceleré al máximo, tratando de llegar al cyber sin perder ni un precioso segundo extra. Después de lo que había escuchado, ya poco importaba el juicio al que tenía que asistir.

*“Din don dan Chiqui y Papi juntos están”*

Mientras sacudía la cabeza con violencia apartando esa vieja melodía, el auto literalmente volaba sobre el asfalto de la avenida Santa Fe. Entre tanto, mi memoria rastreaba los datos del artículo que había escaneado tiempo atrás para un caso ante la Corporación Suprema. Recordaba, con seguridad, que sólo había 30 minutos para tratar de anular el suicidio temporal, pero todavía ignoraba cómo mi padre había conseguido ese moderno aparato de venta ilegal. Tampoco sabía qué motivos lo habían llevado tomar una decisión así, y por el mayor plazo posible, que, si mal no recordaba, era de diez años.

A medida que esquivé autos y semáforos a toda velocidad, traté, con todas mis fuerzas, de evitar que la angustia que pugnaba por adueñarse de mí, mutando a imágenes de mi padre, lograra desviar mi concentración cuando aún quedaban esperanzas. Maldije una y otra vez esos nefastos inventos tecnológicos, capaces de brindar prestaciones tan horribles. Pero, como defensa, intenté aferrarme a la ilusión de que él no le hubiese colocado clave de bloqueo al aparato para poder anularlo fácilmente. Siendo una abogada veterana, sabía que el empleado del cyber no podía intentar nada sin quedar involucrado en una causa penal.

*“Dan din don Papi y Chiqui con todo el amor”*

Activé la compactera para sepultar ese mantra que taladraba mi cabeza. Si había cargado bien la dirección en el mapa del auto, en ese instante me encontraba a pocas cuadras de Bulnes y Arenales, donde estaba el lugar. La verdad no sé, ni siquiera, si llegué a estacionar. Poco me importaba.

Cuando traspasé el portón de acceso, vi al empleado que, sin desconectarse los sensores de realidad virtual de su cuerpo, me increpó de mal modo:

—Oiga, no habrá venido con la poli, ¿eh? —dijo a la vez que me miraba de reojo sonriendo con un hilo de baba asomando en su comisura— no quiero que nada interrumpa mi “viaje”...

La expresión desorbitada de sus ojos logró desatar toda mi furia y le arranqué, con un preciso manotazo, los cables de su sien mientras le gritaba desahogada:

—¿Dónde está mi padre, pedazo de imbécil linkeado?

Como toda respuesta, mientras se frotaba la frente dolorido, señaló la cabina número cuatro del sector “Reservado – XXX”. Un sinfín de compartimentos de vidrios polarizados me confundió por un instante. En esos segundos interminables, destrabé la puerta y recibí, horrorizada, el impacto del cuerpo de mi padre que yacía aún con el maldito aparato conectado a su muñeca.

Mientras, el joven, visiblemente nervioso por la cantidad de curiosos que, alertados por mis gritos, se comenzaban a amontonar, me dijo que no había visto nada llamativo en ese anciano canoso que, como tantos otros adictos a los placeres virtuales, le había pedido un turno de media hora en ese sector. Cuando pude comenzar a recuperarme de la terrible impresión, miré el monitor para confirmar que restaban tan sólo seis minutos para que el proceso fuera irreversible. El número diez, que titilaba sin cesar en la pantalla sobre el reflejo de mi rostro surcado por el tiempo y los disgustos, mostraba la cantidad de años que, si para entonces su delicada salud sobrevivía, iba a tener que esperar para volver a escuchar sus sabios consejos o para compartir las caminatas de domingo por el parque que, después de lo de mamá, paliaban nuestra coincidente soledad.

*“Din don dan Chiqui y Papi juntos están”*

Cuando, apurada, intenté la cancelación, el sistema me alertó que estaba protegido por contraseña y que solamente tres intentos estaban permitidos sin desencadenar su muerte definitiva. Asomando entre los curiosos, un comedido muchacho se acercó para alegar que tal vez me serviría revisar el último sitio de Internet al que había ingresado antes de activar el aparato. Accedí, en busca de algún dato útil, pero con amarga sorpresa observé, incrédula, que se trataba de un artículo periodístico que involucraba a mi padre en una estafa a un *netbank*. En ese momento comprendí, con rabia y tristeza, por qué lo había visto tan preocupado en esos últimos días, a la vez que tomaba conciencia de lo segura que debía estar antes de ingresar cualquier clave.

Pronto, la señal de la maldita cuenta regresiva en pantalla me impulsó a escribir su nombre en el teclado. Al terminar de presionar la última letra de “Sebastián”, mis dedos temblorosos se acercaron a la tecla *Enter*, recibiendo como toda respuesta un frío cartel de “Contraseña Incorrecta”.

*“Dan din don Papi y Chiqui con todo el amor...”*

Sentía el murmullo de la morbosa multitud a mi alrededor, combinado con el implacable reloj de la pantalla, clavarse como una aguja letal en mi corazón. Atiné a pensar que tal vez la clave tenía que ver con mamá. Por lo tanto, introduje la fecha de su casamiento, que había ocurrido más de medio siglo atrás, pero que creía recordar con exactitud. Pareció que la computadora vaciló un instante, pero mis ilusiones se hicieron trizas rápidamente al ver que había malgastado el segundo intento.

Ya sin margen para otro error y con menos de dos minutos de esperanza, las lágrimas se agolpaban en mis ojos mientras, en un vertiginoso debate contrarreloj, dudaba entre lo egoísta y culpable que me sentiría si volvía a fallar y, por otro lado, cómo sobrevivir esos diez años resignada sin su compañía, sin su palabra de aliento que nunca me había faltado en mis cincuenta años de vida y, lo más triste, sin haber agotado hasta el último intento. En mi cabeza, un torbellino contradictorio me empujaba a odiar a mi padre, por el dilema en el que me había hundido, tanto como a despreciarme a mí misma por no respetar su decisión.

Confundida y tratando de huir del abismo que luchaba por devorarme, busqué la decisión aferrando las todavía tibias manos de mi padre. Allí descubrí, en una de ellas, una pequeña nota arrugada en su interior. En ella decía *“Perdoname. No tengo coraje para matarme. Pero me engañaron y tampoco quiero verme obligado a vivir mi vejez en la cárcel. Pase lo que pase, en mi corazón siempre vas a ser mi Chiqui. Papá”*.

Mi llanto reprimido ya no pudo contenerse, y me abracé con fuerza a su cuerpo, mientras repetía que nunca iba a dejar de ser su “Chiqui”. La voz metalizada de la computadora que anunciaba los diez segundos finales me encontró con los ojos intensamente cerrados junto a su pecho mientras, llamativamente, mi mente seguía escuchando el cariñoso apodo en la voz de mi padre.

Súbitamente, un impulso me abalanzó sobre el teclado: ingresé “Chiqui” como clave y pulsé la tecla *Enter*, justo sobre el sonido final...

El canto matinal de los pájaros que revolotean alrededor de mi banco, casi despertándome, me hacen ver, entre el reflejo del domingo soleado, quién viene allá a lo lejos.

FIN

**Postfacio:**

Este es uno de los primeros que delineé en un cuaderno a partir de una idea de un avance tecnológico con efectos colaterales negativos. Me interesó especular sobre si fuera posible anular un suicidio y plantear el dilema que se presentaría, entre el egoísmo por recuperar al familiar “temporalmente” muerto (aún a riesgo de perderlo definitivamente) y el hecho de respetar su decisión personal aunque sea por un largo plazo. Fue pensado un viernes a la noche en un cuaderno y escrito un sábado a la mañana en una computadora de escritorio. Me brindó la oportunidad de trabajar, por primera vez, la primera persona femenina e incorporar neologismos futuristas que apuntan hacia el cruce entre corporaciones multimedios y justicia, más una crítica a la proliferación de cyberlocales de aislamiento para niños y no tan niños. La versión original es de fines de abril de 2003. Acompañarlo con una buena selección de Rammstein a volumen medio para remarcar la adrenalina de la historia contrarreloj.